

Notas



JULIÁN DE LA HERRERÍA (1888-1937). *Río Paraguay* (Plato de cerámica, cuerda seca). Museo de Arte "Julían Herrería" Asunción, Paraguay.

José Antonio Escalona-Escalona

Mi conocimiento en vivo del Paraguay comienza con el más increíble (no diré detectivesco) episodio. Por vez primera me atrevo a revelar parte del mismo. ¿El año? 1947 EN escena: tres ilustres personajes: Rómulo Gallegos, Presidente de Venezuela; Natalicio González, Presiente del Paraguay; José Rafael Pocaterra, Embajador de Venezuela en el Brasil. Quien esto recuerda: cursante de un superior postgrado en Río de Janeiro.

Unos de aquellos días me mandó a llamar Don José Rafael, según solía decirle a este amigo mayor en años y en saberes. Me manifestó él que requería transmitir, en nombre de nuestro Presidente, al Primer Magistrado del Paraguay, un mensaje verbal en clave, del cual no debería quedar ni siquiera una huella en los archivos. Y agregó: tú eres el más adecuado para cumplir esa misión, ya que pasarías oficialmente inadvertido, pues eres estudiante y no funcionario diplomático; un poeta y no un político militante. Además, mereces toda mi confianza.

Viajé - único civil a bordo- en una unidad de las Fuerzas Aéreas Brasileñas, la cual sólo hizo escala en un aeropuerto casi oculto en la selva de Mato Grosso.

Al aterrizar en la capital del Paraguay me esperaba —para mayor sorpresa— el automóvil asignado al Canciller. Fui conducido directamente hasta el Palacio Presidencial. Comprobé la prioridad que se daba a mi visita cuando, de paso, advertí que, en la antesala de espera, aguardaban ser recibidas varias notorias personas, entre las que sobresalía el Nuncio Apostólico.

Con espontánea afabilidad me abrazó el Presidente González. Lo primero que se me ocurrió fue aludir a sus trabajos concernientes a la lengua y literatura guaraníes. Le dije que la sola palabra conocida por mí en este idioma (hablado a diario y a todos los niveles en el Paraguay), era el vocablo Yacambú, el cual me ha sido familiar desde la infancia.

En efecto: *Yacambú* es el principal río de mi pueblo, distante pero importante, pues así se denomina la alta serranía donde nace; así, el Parque Nacional situado en su jurisdicción; así, la empresa hidráulica mayor de la región; así, una de nuestras Universidades más prestigiosas; así, la urbanización donde actualmente resido; así, uno de mis poemas sanareños, que escribí sentado en una rosa, al borde mismo del rumoroso Yacambú.

Cumplido el motivo primordial de la entrevista, el Presidente me invitó a cenar en su casa. Allí compartí honores con otro común amigo, de visita en Asunción: el renombrado escritor Luis Alberto Sánchez, meritísimo Rector de la Universidad de San Marcos de Lima.

Periódicamente volví después al Paraguay. Durante dichas visitas hube de tratar personalmente a los poetas residentes en la Capital. Pero lo más gratamente provechoso fue la metódica lectura de las obras de los valiosos integrantes de las respectivas promociones de los años cuarenta y de los años cincuenta. Los primeros, lograron con renovadora sensibilidad, actualizar estéticamente (sin ser esteticistas) la lírica paraguaya. Con los segundos, ésta alcanzó la cumbre de sus valores.

Una representación estricta de ambas promociones figura en el voluminoso Tomo II de mi antológica *Muestra de la Poesía Hispanoamericana del Siglo XX*. Edición fuera de serie de la continentalmente aplaudida Biblioteca Ayacucho (Caracas, octubre 1985). He aquí sus nombres:

Herib Campos Cervera (1905)
Josefina Plá (1909)
José Antonio Bilbao (1919)
Oscar Ferreiro (1922)
Elvio Romero (1926)
José Luis Appleyard (1927)
Ricardo Mazó (1927)
José María Gómez Sanjurjo (1930)

No señalo las fechas de quienes pasaron ya a "mejor vida", porque los poetas nunca mueren, mientras mantengan vigencia estética sus obras.

Bastan estos ocho auténticos creadores para que la poesía paraguaya ocupe un puesto de primer orden a la altura de los demás fraternos países hispanohablantes. Por ello, me sorprendió ingratamente el sumario jui-

cio, emitido hace seis años, por Augusto Roa Bastos, al calificar de “terreno arrasado y semibaldío en la cultura de América el que representa la poesía paraguaya”. Lo menos que causa es estupor tal aseveración en la pluma de un novelista internacionalmente reconocido como una gloria de las Letras Paraguayas.

Para alejar de mi mente la imagen de tan repudiable declaración, he de concluir proclamando que no fueron sólo razones literarias las que originaron aquellas ya tan remotas e irrepetibles visitas al Paraguay. Como poeta vivencialmente romántico, tuve el privilegio de ser correspondido por una lindísima asunceña. A ella dediqué entonces un poema evocador de aquellas maravillosas tardes de domingo que disfrutamos a orillas del famoso Lago Itaipu.